

Señor, no teniendo qué hacer, ni sabiendo cómo le atormentasen mas, discurriéron el hacerle pedazos las piernas, porque aun no estaba satisfecha se crueldad con cuanto habian hecho: así lo contempla San Hilario. Y como ya no tenían autoridad sobre el Señor ya crucificado, con el pretexto de religion pidiéron á Pilato licencia, y viniéron muy determinados á hacer esta carnicería en el Señor: pero como le hallaron muerto, viendo frustrada su rabia cruel, uno de los soldados, porque no se digese habia venido en vano, le atravesó el costado santísimo con una lanza, y con ella le partió en dos partes el corazon, y salió de la herida sangre y agua. Considera aquí lo primero el odio tan grande de aquella gente al Señor, como ya queda apuntado; y que sus crueles corazones no estaban contentos con tantos males como le habian hecho, y quieren de nuevo hacerle pedazos las piernas, que era lo que podian alcanzar á herir desde el suelo; que si le pudieran alcanzar todo el cuerpo, tambien hubieran procurado la licencia para hacerle todo pedazos, y quebrantarle todos sus huesos. Y advierte, que este rencor no era de entónces, sino de mucho tiempo ántes, y lo sufrió y toleró el Señor toda su vida con infinita paciencia hasta morir, sin haberles jamas hecho mal ni con sola una palabra. Aprende tú á sufrir y tolerar los que mal te quisieren.

355. Considera cómo pesarosos los Judíos de que ya hubiese muerto el Señor cuando llegaron, por habérseles frustrado su cruel intento, un soldado de aquellos, por complacerles, le atravesó el divino costado, y le partió el corazon con aquella lanza, que llama cruel nuestra madre la iglesia. ¿Y qué mayor crueldad que no perdonarle aun despues de muerto, y muerto con tantos y tan atroces tormentos? ¿Qué mayor crueldad que ver á la sacratísima Reyna de los ángeles su santísima Madre, mas muerta que viva, junto al Hijo difunto, y atravesárselo muerto, sin atender al dolor que habia de sentir en su alma esta Señora? ¿Qué mayor crueldad que afligir aquel mansísimo corazon, que habiendo visto los estragos que habian hecho en su Hijo santísimo, no les habia dicho una mala palabra, ni se habia quejado de ellos: que como Madre, y Madre que tanto amaba, no fué ra mucho que tal vez se hubiera quejado de tan cruel gente? Verla ahora allí en su soledad llena de infinita amargura por la muerte de su Hijo; y llegar en su presencia, y á su vista á lancearlo: ¡qué dolor! ¡qué crueldad tan impía! ¡O Ma-

dre santísima! ¡Quién puede aquí ponderar vuestro sentimiento! Fué tan grande, que reveló esta Señora á Santa Brígida, que cuando vió entrar la lanza por el divino costado de su Hijo, le parecia que la herida se la daban en su mismo corazon, y que lo pasaban de banda á banda. No seas cruel para tu Dios; despues de haber muerto por ti, no le des mas lanzadas con tus culpas. No aflijas mas á su Madre santísima, harto la affigiéron en aquel tiempo tus culpas, que andaban allí entre las demas ofensas del linage humano, martirizándole á su Hijo: no se lo ofendas mas, ni le des nueva ocasion de pena; porque si yo fuera capaz de ella, la tuviera excesiva de ver que los cristianos, que tanto le deben á su santísimo Hijo, le sean tan ingratos, y especialmente estando esta piadosísima Reyna continuamente rogando por nosotros, y nosotros á ese mismo tiempo le estamos tirando lanzadas de ofensas. ¡Mira qué sentimiento para quien con ansias mas que de Madre solicita nuestro bien! ¡Qué mayor ceguedad que irritar por instantes al Señor, cuando por instantes sabemos que nos lo está aplacando! Ciego estaba aquel soldado en el alma por sus culpas, y en el cuerpo, porque le faltaba de un ojo la vista, y con estas dos cegueras se dice cruel y falto de piedad, porque demas de lo dicho, estaba prendado con la túnica inconsutil, prenda del Hijo y de la Madre, que (como dice Drogon) le tocó en suerte; y si por sola esta prenda es impío y cruel, dándole una lanzada al Señor despues de haber muerto, y en presencia de su Madre: ¿qué crueldad es la nuestra, teniendo tantas prendas de amor, así del Hijo, como de la Madre, que eran bastantes á obligar al demonio mismo, y le tiramos no una, sino muchas lanzadas cada dia; y esto teniendo vista, así en los ojos del alma, como en los del cuerpo?

356. Considera otrosí, que aunque esta lanzada se dió al Señor por el odio de aquella gente, con todo fué dada por disposicion del inefable amor de la divina Magestad, que en testimonio de que con su muerte nos habia abierto las puertas del cielo, quiso abrirnos aquella en su costado, para que entremos, no por otra parte que por su mismo pecho amoroso, dijo San Agustin; y por eso dice el evangelio, no que *hirieron* su costado, sino que se lo *abriéron*, que es propio de puerta y ventana: ya estaban abiertas cuatro ventanas grandes, y otras muchas en aquel divino templo: faltaba la puerta; y esa es la que abrió la lanza. Ea, pues, alma, ya

tienes abierto el camino, y señalado con la sangre de aquellos piés divinos: ya tienes abierta la puerta, y tan abierta, que jamas se cerrará á ninguno que quiera entrar; que por eso está abierta en el pecho amoroso, que no sabe cerrar las puertas, ni aun á sus enemigos. Ea, entrate en la puerta; entrate en la cueva de la tierra, que te lo dice y aconseja el Espíritu Santo: piedra es Cristo: tierra benditísima es aquel divino cuerpo, dijo Guerrico. ¿Temes el rigor de la divina Justicia? Huye á los agujeros de la piedra, escóndete en aquella fosa profunda de su costado, métete en aquel divino corazon, huye de Dios divino á Dios humano, de Dios juez á Dios misericordioso: abiertas tienes las ventanas: patente está la puerta: considera y mira que por ella sale sangre y agua, para que te laves, y con el agua te pongas blanco, y con la sangre rojo. Es cándido y rubicundo el Esposo, y candidas y rubicundas quiere que sean las almas: blancas por la pureza, y rubias por el amor. Lávate pues en aquella agua que sale, que representa la confesion; porque allá dentro no se consiente cosa manchada. Báñate en la sangre, que es el Sacramento de amor; porque está en el pecho la puerta por donde solo entra el amor; y así, ámate con esta consideracion, y entra por el agua y por la sangre, y mira no te tiente el maligno con decir que puedes entrar sin tocar la sangre y agua; que aunque está abierta la puerta, solo está para las almas penitentes y amantes, y no es esto impedir la entrada, sino facilitarla.

357. Considera otro altísimo misterio que obró el divino amor, mediante la crueldad de sus enemigos. Formó el Señor del costado de Adán dormido á su esposa Eva: durmió el segundo Adán el sueño de la muerte; y entónces llega el amor, y abre el divino costado para formar y reformar la esposa, que es la Santa Iglesia; y así se vió luego salir á un tiempo sangre y agua: el agua, dijo San Cipriano, que es el pueblo católico, y la sangre Cristo: ábrese el costado, y aparece la sangre unida con el agua, Cristo con las almas, el Esposo con la esposa. ¡O grandeza de infinito amor! Llagado estaba aquel divino corazon con el amor del alma su esposa, y aun le parecia que no le habia manifestado bien su amor con tantas llagas y heridas como habia abierto en sí; porque aunque habian sido muchas, ninguna habia descubierto tanto aquella llaga interior. Dice pues: llegue esa lanza á mi costado, haga una grande abertura enfrente de mi corazon, para

que lo vean herido y muerto de amor las almas: salgan de adentro esa agua y sangre juntas, para que les den testimonio de que en mi corazon las tengo unidas é incorporadas. Considera por aquí, cristiano, que el Señor no se hartaba de penas y tormentos; y así tras de un tormento añadía (permitiéndolo así) otro: tras de un oprobio otro, tras de una afrenta otra, tras de un martirio otro, sin contentarse jamas con lo que padecía. Pregúntale tú ahora, y dile: Dios mio, ¿para qué tanta pena? ¿Para qué tanto martirizais ese divino cuerpo? Y haz cuenta que te dice: para manifestarte mi amor. ¿Pues no basta una herida? ¿No basta un martirio? No se contenta con eso mi amor, porque sabete, que nunca le parece que se ha manifestado bien y así no tengo de parar hasta abrir en mi pecho una puerta tan grande, que por ella vean mi corazon patente y traspasado de amor: entónces descansaré, y conoceré que ya queda muy bastante-mente manifestado. Pues, Señor, y los dolores y amarguras de vuestra pasion y muerte no lo manifiestan? Sí, dice el Señor; pero esta última herida lo dice claramente: y que por ella vean las almas mi corazon enamorado, para que conociéndolo ellas, me amen. ¡O amor divino! ¡O miseria humana! ¡Y con todo esto, Señor mio, no os aman los hombres? No puede estar mas conocido vuestro amor, ni mas declarado; y sin embargo no es amado el mismo amor. ¡O alma! Manifiesta en algo que amas á tu Dios: conózcase en algo tu amor. Cristo hace tantos extremos para mostrarte el suyo, ¿y tú no harás algo porque el tuyo se vea?

358. Considera en las necesidades que tuvo en su soledad la Virgen santísima junto á la cruz. Degemos para luego la ponderacion de su desamparo y soledad; y ahora considera, que lo primero de todo necesitaba la dolorosísima Señora de una persona que se empeñase con el presidente, para que diese licencia para bajar de la cruz el santísimo cuerpo, por cuanto ninguno de los ajusticiados se podia quitar de la cruz sino con orden de la justicia, y necesitaba de quien se lo bajase de la cruz. Necesitaba lo segundo de sepulcro para enterrarle, porque ni lo tenia, ni quien se lo diese, ni con qué comprarlo; tanta era su pobreza! Necesitaba lo tercero de mortaja, porque no la tenia, ni con qué comprarla. Necesitaba lo cuarto de agua para lavarle, y de unguentos para ungrle el agua era necesario traerla de otra parte, y los unguentos se habian de comprar, y para nada habia fuer-

zas ni dinero. Necesitaba lo quinto de cajon ó ataud para ponerle, y féretro para llevarle. Necesitaba lo sexto de gente que le llevase de allí al sepulcro; porque con solo San Juan se hallaba de todos los discípulos del Señor. Mira aquí á tu Reyna sobre tantas fatigas y amarguras, sobre su desamparo y soledad, tantos cuidados y tan graves, que cada uno de ellos tenia muy grande dificultad que vencer, por cuanto los príncipes de los Judíos, enemigos del Señor, se oponian á todo lo que conducia á dar honra y honor á Cristo nuestro Redentor: y así el que se hubiese de empeñar por el santísimo cuerpo, se exponia á perder la hacienda y la vida, como dice San Juan Crisóstomo. Mira pues cuán desconsolada por todos caminos estaba al pié de la cruz María santísima. ¿Tendrás tú ánimo á ofrecerte á su servicio, aunque te cueste la hacienda y la vida? Ya veo que me dirás que sí, y que si te hubieras hallado en aquel tiempo, lo hubieras hecho. Mira no te engañes, que quizás entónces te escondieras, y no parecieras en público. Y si no, sácalo por lo que ahora haces del servicio de Dios y de su Madre. Ahora temes una madrugada, un qué dirán, una leve chanza, y por unas cosas de viento faltas á la oracion, recogimiento y á otras cosas, con que sabes das gusto á Dios y á su Madre: ¿y entónces habias de ofrecerte por sus Magestades á las aflicciones, á la persecucion, á la muerte y otros grandes trabajos? Ya ves que es engaño; ¿porque quien ahora rehusa lo que es ménos y casi nada, cómo se habia de ofrecer á lo sumo?

359. Considera cómo nuestra Señora envió un recado al noble Josef, natural de Arimatea, lugar que distaba veinte millas de Jerusalem, el cual era senador y uno de los del consejo que gobernaba aquella gran ciudad. A este noble caballero, que era discípulo oculto del Señor, le envió María sacratísima con San Juan un recado, diciéndole, que se empeñase con el presidente, y le pidiese el cuerpo santísimo de su Hijo, y la socorriese en las necesidades en que se hallaba, segun dice el Metafraste con estas palabras: “Josef, ya sabes cuán sola estoy, peregrina y extraña en esta tierra, y que no tengo quien se empeñe para dar sepultura al cuerpo de mi Hijo; y así te ruego que me favorezcas á mí y á tu Maestro. Anímate, y entra con valor, y pídele á Pilato su cuerpo, y socórreme con el sepulcro, que no perderás esta gracia.” Este fué el recado de María soberana á Josef. Al

punto, pospuesto el temor, y rompiendo por muchas y muy grandes dificultades que se le ponian por delante, entró sin temor ninguno á ver á Pilato, y le pidió el sacrosanto cuerpo, declarándose públicamente por discípulo de Cristo. Considera bien este caso, que es milagroso. Hasta aquí habia sido discípulo del Señor, pero oculto, dice San Juan, porque tenia miedo á los Judíos, recelándose el que le quitasen la hacienda, y aun la vida, y ahora hace lo que no se atrevió á hacer, aun cuando vivia el Señor. Entónces tuvo miedo de declararse, teniendo á su divina Magestad, que le podia amparar; y ahora, que ya era muerto, no teme ni el que le quiten la hacienda, ni la libertad, ni la vida: rompiendo por todo, se declara con tanta valentía y ánimo por discípulo suyo tan á las claras, que no puede ser mas. ¿De dónde le vino esa fortaleza? Tú no busques otra razon mas de que la sacratísima Virgen estaba de por medio, y luego se halló lleno de amor, de fé, de fortaleza, de devocion, fervor y caridad. ¿Quieres alejar de ti los temores vanos, el amor de los bienes y cosas de esta vida? ¿Quieres conseguir una fortaleza y un fervor invencible, y despreciar todas las amenazas de tus enemigos? Procura que se ponga de por medio María santísima, ábrele á su devocion y amor las puertas de tu corazon; y tú verás evidentes milagros en ti.

360. Considera en la accion de este gran varon, que te dará muchos motivos para servir á Dios. Lo primero, dice, que entró con audacia á pedir el sagrado cuerpo; esto es, sin miedo, empacho ni vergüenza, teniendo motivos tantos como los que tenia en contra, el ser noble, senador y rico: el empeño era por uno, que en la opinion de los Judíos era el peor del mundo; con todo, rompe con valentía y grande espíritu: no te acobardes, ni por el decir de las gentes, ni por temor ni vergüenza, ni por cosa alguna que se ponga por delante á la obra que se ofreciere del agrado y servicio de Dios y de su Madre, que buenos fiadores tienes, y por buenas personas te empeñas: no hayas miedo que te degen en el empeño, como lo hace el mundo con los que se empeñan por él. Considera cuán de veras tomó el empeño, pues no solo hizo lo que nuestra Señora le habia rogado, que fué pedirle el sacrosanto cuerpo y declararse discípulo del Señor, sino que añadió (como dice Teofilacto) el llevarle á Pilato una cantidad de oro, para que no dudase en darle lo que pedia. No te has de contentar con hacer lo que conocieres es del agra-

do de Dios y de su Madre, sino que has de poner los medios que pudieres pensar mas á propósito, para que con eficacia resulte la obra: no te contentes con hacerla solamente, sino procura hacerla con fervor y diligencia, porque las obras hechas con tibieza tienen poco de agrado del Señor. Considera, cómo no obstante que Josef dió tanto oro á Pilato por el cuerpo santísimo, dice el evangelio que lo dió Pilato, no que lo vendió, porque venderlo es darlo por precio, y no hay precio con que pueda pagarse, ni que le pueda igualar, por cuanto es un tesoro infinito, en cuya comparacion toda la plata del mundo es lodo, y todo el oro y piedras preciosas son como si no fuesen, comparadas con él; y aun por eso llama rico el evangelio á este santo varon,* dice San Epifanio; porque él propiamente es aquel prudente mercader, que halló la mejor margarita, y dió lo que tenia por ella, y con ella se llevó todo el tesoro de Dios. Y asimismo le llama el evangelio varon bueno y justo; ¿y qué mucho si lleva consigo al que solo es bueno y justo por naturaleza? Ves aquí lo que le vino á Josef, y lo que se grangeó con haber servido á la santísima Virgen. Ea, ámate á servirla, que si te pide algo, es por enriquecer tu alma. Un poco de oro y un poco de vergüenza dió Josef por el Hijo y por la Madre, y por eso consigue tantas riquezas y tantos bienes, que el mismo evangelio se esmera en ponderarlas. El oro ya sabes que es la caridad: júntala con la diligencia y fervor en el servicio de esta Reyna, y grangearás un gran tesoro.

361. Considera asimismo á Nicodemus, que se le juntó á Josef con cien libras de mirra, aloe y ungüentos olorosos, para unguir el sacrosanto cuerpo; en donde se descubre otra consideracion muy á propósito. Dice Santo Tomas, mi padre, que la mirra y aloe, por ser cosas muy amargas, son símbolo de la penitencia, y fuera de eso conservan los cuerpos; así, por la penitencia, Cristo se conserva y persevera en nuestras almas. Mucho habia hecho Josef; pero faltábale la mirra y aloe para conservar el tesoro. Sea, pues, esta la doctrina de esta consideracion. Grande cosa es una buena determinacion, un romper con las dificultades, un exponerse á trabajos por servir á Dios y á su Madre; pero á todo esto se ha de juntar la mirra y aloe de la mortificacion y penitencia: así se logra la ganancia, conse-

* Matth. xxvii.

guida por el oro de la caridad y egercicios de la devocion y fervor; y esto es tan cierta verdad, que como sin estas especies aromáticas se consumen los cadáveres, así sin la mortificacion se aniquilan y mueren los egercicios y virtudes.

362. Considera cómo Josef y Nicodemus partiéron de Jerusalem con todo aparato de escalas, féretro, ungüentos, mortaja y todo lo necesario para descender el santísimo cuerpo, amortajarlo y darle sepultura, á pesar de todos sus enemigos. Llegaron junto á la cruz; y aquí puedes considerar, que así que se viéron junto al Señor y su Madre, y miraron á su Maestro muerto, y á la benditísima Señora casi muerta, se le echaron á sus piés, y por la grande compasion y dolor que les causó su vista derramaron muchas lágrimas, y se estuviéron postrados, sin poder decirle palabra á nuestra Señora; pero su Magestad, con aquel magnánimo corazón, no es dudable que los animaria á que pusiesen por obra la diligencia. Aplican pues con esto las escalas, quítanse sus capas, y con sus manos propias desclavan al Señor; ¡pero con cuántas lágrimas! ¡Con qué dolor! Amábanle, y por eso se dolian y lloraban. Bajan el cuerpo divino, y lo recibe en sus brazos la dolorosa y affligida Madre; y cuánta fuese su pena y dolor cuando se vió abrazada con él: cuánta fuese la angustia de su alma cuando viese tan de cerca y tocase aquellas heridas, llagas, descoyuntamientos, salivas y sangre: cuando tocase aquellos miembros divinos yertos, frios y desollados por tantas partes: cuando le viese todo hecho una llaga de piés á cabeza, y considerase el estrago, lo que habia hecho en él el odio y rencor de los hombres, y se acordase, como quien lo sabia, de aquel excesivo amor con que amaba su Hijo santísimo á los hombres: cuando considerase la ingratitud tan grande con que le habian pagado su amor; y como por tan grandes beneficios que les habia hecho, resucitándoles los muertos, curándoles los enfermos, sanándoles de todo género de enfermedades, sacándoles de poder de los demonios, y dándoles doctrina y enseñanza de la vida eterna, le habian correspondido con tan inauditas crueldades: ¿quién será bastante á ponderar la grandeza de sentimiento, pena y dolor que llenaba su alma y corazón? Llena de gracia la llamó el ángel; pero ahora la podemos llamar llena de amarguras y angustias mortales, y tan llena, que no caben mas en ella.